

Y en esto confieso que me he llevado chasco: yo creí que aquí como ahí todos serían contra mí, porque yo soy contra todos: no ha sido así; y debe consistir esto en que por aquí han pasado ya algunas olas del diluvio, mientras que por España no ha pasado ninguna. La letra con sangre entra. Me dicen que el *Diario de los Debates* es el único que está furioso, y escribirá contra mí, en su calidad de último representante del Volterrianismo y del Liberalismo Europeo.

La legislatura presente será, como la pasada, y como las anteriores, y como las que vengan después, un verdadero florón del Gobierno parlamentario; palanques de ambiciones desahoradas, que se entrechocan por la posesión de un cadáver. Yo no sé qué hacer: por una parte me inclino á ir, y por otra no sé qué papel he de jugar en semejante compañía. Yo tengo fe en mis ideas; y eso que tengo fe en pocas cosas: pero ya se lo he dicho á Ud.: mis ideas no pueden triunfar sino después del diluvio, que ha de llegar, pero que no ha llegado.

Deme Ud. doce diputados, doce siquiera que estén en mis mismos principios y que me apoyen, y verá Ud. lo que es bueno: verá Ud. por dónde salen todos cuantos gritan ahí, y cuantos enarbolan pobres, desacreditadas y miserables banderas. Pero el hecho es que no tengo los doce, ni los seis, ni los cuatro, porque no basta seguirme; es menester seguirme con convicción, y pelear gallardemente. No contando con esto, ¿para qué dar la batalla?

Sé que los demagogos propagandistas no han perdido su tiempo: y sé que cuando éstos lleguen, no habrá sino mis ideas para resistirles. Todos los demás habrán sido anegados por las aguas implacables. Así, pues, cuando Ud. me pregunte —¿qué es lo que hago?— ya sabe Ud. mi respuesta: estoy aguardando el diluvio, y riéndome de los tontos.

Al cabo vendré á parar en separarme de todo punto de la política activa; y aun, á decir verdad, este es ya propósito firme, al cual arreglo mi conducta. — No puedo ni debo en la actualidad dejar el puesto que ocupo por graves consideraciones

de público interés; pero la verdad es que deseo perderlo; y en cuanto esto suceda, no volverán Uds. á verme por el mundo.

Con esto le digo á Ud. si apruebo su resolución de retirarse á vivir tranquila y cristianamente. Aténgase Ud. al Padre Ripalda, y riase de todo lo demás: ese librito contiene, pequeño y todo como es, todas las verdades necesarias, y aun los secretos de todas las cosas.

Adiós, amigo mío: no deje Ud. de acordarse de quien sabe le quiere tan de veras como su afectísimo,

Donoso.

P. S. Hágame Ud. el favor de dar curso á la adjunta carta que dirijo á *El Orden*. Yo, en realidad, no sé adónde va á parar esa desventurada nación con periódicos como *El Herald*. Pero no importa: por lo mismo no conviene á mi dignidad descender á esas polémicas repugnantes. Mi moderación será la mejor de las censuras.

SR. DIRECTOR DE *El Orden*.

PARÍS, 10 de Junio de 1851.

Amigo mío: En este mismo instante recibo *El Orden* del 5 del mes actual: en él leo un párrafo consagrado á rechazar con indignación la manera con que los señores redactores de *El Heraldo* habían hablado de mi libro y de mi persona. En el mismo párrafo leo el anuncio de un artículo más extenso sobre la misma materia. Ese párrafo, y sobre todo ese anuncio, me han afectado ternísima, pero dolorosísimamente. Ignoro si mi persona debe ser maltratada, como de buena fe lo creen los señores redactores de *El Heraldo*; pero estoy cierto de que no merece ser defendida.

El Heraldo ha podido equivocarse en algunos de sus pormenores; ha podido equivocarse en todos ellos; y, sin embargo, no es menos cierto que, aun suponiendo que sus razones sean malas, en definitiva tiene razón. ¿Qué es lo que en definitiva viene á decir de mí *El Heraldo*? Dice que mi libro vale poco, y que yo valgo menos que mi libro; dice que no hay armonía entre mis máximas y mis acciones. Y en todo esto dice verdad. Yo, que me conozco á mí mismo, puedo dar un testimonio valedero de mí, afirmando que soy un hombre sin literatura y sin virtudes.

Confesado lo principal, ¿qué importa lo accesorio? Probablemente no nos entenderíamos *El Heraldo* y yo en la cuestión que consiste en averiguar por cuál razón ó por cuáles razones carezco de virtudes y de letras. Pero ¿qué importa eso, si convenimos en que carezco de virtudes y de literatura?

Vea Ud. aquí, amigo mío, por qué me parece ociosa toda controversia con *El Heraldo*. Hay, sin embargo, un particular de los que toca, sobre el cual la controversia no es solamente ociosa, sino lo que es más, imposible. Ese particular es el relativo á la limosna. Hay una pregunta que, dirigida á mí, quedará eternamente sin respuesta: esa pregunta es— ¿eres limosnero?—Aunque no lo sea, no puedo decir que no; porque aquí la franqueza no es franqueza, que es cinismo. Aunque lo sea, no puedo decir que sí; porque si digo que sí, religiosamente hablando, ya no lo soy. Grande es la desventura de aquel que no hace limosna; pero mayor quizá es la de aquel que la hace y lo declara: y mucho mayor que la de ambos, sin duda ninguna, la de aquel que la hace, lo declara, y cree que la ha hecho, después de haberlo declarado. No, no es limosnero el que quita su pudor á la limosna.

De estas consideraciones pasemos á otras, más importantes y más altas. Recorra Ud., amigo mío, una por una todas las páginas de la historia; y observará con admiración, que el secreto de los crecimientos y de las decadencias de las sociedades está en el uso que hacen de los pronombres. Examine usted todas las controversias de una época: si en el fondo de todas encuentra Ud. el *yo* individual, cierre el volumen que tiene entre las manos, y afirme sin vacilar, que la sociedad va despenándose por el declive de su decadencia. Vuelva Ud. á abrir el volumen, y esté cierto de que á las pocas páginas encontrará la relación de su ruina.

Consiste esto en que el *yo* es por su naturaleza satánico; y por su índole, insociable. En el infierno no hay más pronombre que *yo*: en el Cielo no hay más pronombre que *Tú*; porque en el Cielo no hay más que humilde y arrebatada adoración, así como en el infierno no hay más que frío y desatentado orgullo. ¿Cómo extrañar que las sociedades que usan y abusan del *yo*, sean las que bajan, y que las que se olvidan de él, sean las que suben?

Hecha esta amarguísima y dolorosísima reflexión, ponga

usted los ojos en nuestra España, después de haberse orientado; y dígame por su vida, si va encumbrando los montes de la gloria, ó si descende á los abismos de todas las decadencias. Dígame por su vida si en todas esas discusiones vergonzosas, asquerosas é ignominiosas hay más que un *yo*, y después otro, y luego otro: y si ese *yo*, perpetuamente resonando, no es en la tierra la imagen viva del infierno. Pues bien, amigo mío, yo no quiero que mi *yo* resuene en ninguna parte. No quiero que le repitan los ecos, ni que retumbe en los montes. No está en mi mano evitar que mis adversarios le pronuncien; pero estoy resuelto á evitar que le pronuncien mis amigos. Vea Ud. aquí el porqué y el para qué de esta carta.

Por regla general, no hay ocasión en que crea provechoso poner mi *yo* en escena en los tiempos presentes, y mucho menos en los que á más andar vienen andando. No lo creo provechoso sino en casos muy excepcionales, ni aun para salvar la reputación, ni aun para volver por la honra. ¿Ignora Ud. que hay épocas en la historia del mundo, en que el mundo padece un extravismo intelectual y moral, y en que ve torcidas y como de través todas las ideas y todas las cosas? ¿Ignora Ud. que ha comenzado para el mundo una de esas épocas tremendas, el día en que un hombre pudo decir con aplauso de las muchedumbres, *la propiedad es un robo?*

Mayores cosas verá Ud., si Dios no se apiada de nosotros. Verá Ud. á la mentira levantarse serena, y decir á la verdad: *Yo soy la verdad, y tú eres la mentira;* á los calumniadores decir á los calumniados: *Nosotros somos los calumniados, vosotros sois los calumniadores.* Nadie distinguirá lo justo de lo injusto, lo honesto de lo deshonesto, la verdad del error, ni la virtud del vicio. Y todos se preguntarán unos á otros, como Pilatos al Señor: *¿Qué cosa es la verdad? ¿Qué significan esos nombres?* Y como Pilatos, el mundo no recibirá respuesta hasta que, descendiendo de lo alto un rayo de luz, se ilumine de súbito esta obscurísima noche, y tomen su vuelo hacia el Oriente las palomas, y hacia el Occidente las harpías.

Dejando á un lado, empero, las cosas futuras, volvamos á las presentes. Resuelto á sostener mis principios siempre que lo crea oportuno, cabalmente porque aunque están en mí, ni los he inventado, ni me pertenecen como cosa propia, estoy igualmente decidido á abandonar mi persona, y á dejarla sin defensa; expuesta á la corriente de todos los ultrajes y de todas las injurias. Por mi parte, jamás he pronunciado, jamás pronunciaré un nombre propio con ánimo de ponerle á discusión; convencido como estoy, de que esto no puede hacerse sin faltar al respeto de que el hombre es deudor al hombre. Yo no quisiera que fermentaran mis pasiones; y no sé qué extraña virtud de fermentación hay en los nombres propios, que cuando se pronuncian, luego al punto todas las pasiones fermentan. Líbreme Dios de pronunciar un nombre propio, como de la mayor de todas las desgracias.

No se entienda, sin embargo, que con renunciar á este derecho por mi parte, aspiro á imponer á los otros con respecto á mí la misma renuncia. Al revés: desde hoy pongo á su disposición mi nombre, que vale poco, y mi persona, que nada vale. Sólo ruego á mis amigos que respeten mi voluntad en este punto, y que no aspiren á reclamar para sí un derecho que yo mismo abandono: el de volver por mi persona y por mi nombre: para mi nombre quisiera el olvido; para mi persona el olvido y el reposo.

Si á pesar de mi protesta quisieran volver por mí, les ruego encarecidamente que no traspasen jamás, ni aun en el uso de una defensa legítima, los términos de la templanza: y sobre todo, que nunca pasen de la defensa á la agresión, y del elogio á la injuria. Si mis adversarios proceden de buena fe, como en este caso sucede, deben ser respetados, porque son respetables aun en sus mismos errores: si obran movidos por la ira ó por el rencor, ó por otras pasiones bastardas, entonces no hay que considerarlos solamente como culpables, aunque lo son, sino también como enfermos. Y no hay que olvidar que, si por lo que tienen de culpables, pueden ser objeto legítimamente de

una indignación santa, por lo que tienen de enfermos, son acreedores á una compasión infinita.

La compasión es una limosna que el sano debe al enfermo.
Queda de Ud. afectísimo amigo Q. B. S. M.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CARTA A S. M. LA REINA MADRE

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

SEÑORA:

La franca y generosa libertad que S. M. se ha dignado siempre consentir á los que han tenido la dicha de rodearla, y á mí señaladamente, me dan el atrevimiento necesario para someter á la alta prudencia de V. M. algunas observaciones, con ocasión de un suceso que está próximo, y que ha de influir grandemente en el porvenir de la nación española.

El día dichoso del alumbramiento de V. M. se acerca: y ese día será fausto para todos, así propios como extraños; porque en él tendrá un heredero una de las más bellas Monarquías de la Europa. En todas circunstancias y en todos tiempos hubiera sido este un suceso venturoso: hoy que las Monarquías todas van de baja, y que las más firmes y potentes ó han caído, ó temen caer á impulso de los huracanes, será un suceso venturosísimo y memorabilísimo.

Los periódicos de la capital han anunciado ya algunos de los grandes festejos que con este motivo se disponen: y como quiera que nada parezca más natural, ni más conforme á las antiguas usanzas, que celebrar con fiestas y regocijos un suceso tan fausto, V. M. me permitirá, sin embargo, que la observe, que la diversidad de los tiempos exige cierta diversidad análoga en las costumbres y que los tiempos que ahora corren, no consienten que sigamos, sin ningún género de variación